

¿César Aira nos toma el pelo?

◆ Por Juan Ángel Cabaleiro
PARA LA GACETA – TUCUMÁN

César Aira, el inclassificable escritor argentino, sostiene con recurrencia que es preferible «lo nuevo» a «lo bueno» en materia literaria. La novedad, lo diferente, aporta un valor que en la obra bien escrita a la manera convencional pareciera que se ha diluido o pierde interés. Las buenas obras, viene a decir el autor, abundan, e insistir con ellas no vale la pena. Así, esta búsqueda de la originalidad en detrimento, incluso, del buen hacer literario es el Norte que orienta sus escritos. Pero ¿qué hay de «mal hecho» en los textos de Aira y cuál sería el valor de su originalidad? Y, sobre todo, ¿no nos estará tomando el pelo?

La respuesta está en sus más de 100 libros, la mayoría novelas cortas o relatos en los que el autor transgrede a conciencia y con maquiavélica fruición un principio elemental de la narrativa: que toda obra debe tener una estructura, un orden, una proporción y una continuidad entre sus partes. Aira patea este tablero y deja que las piezas bailen a su antojo: corta abruptamente el hilo de la narración y cambia de tema cuando le da la gana, intercala largas y desconcertantes digresiones, deja que la trama, a su albur, se encamine definitivamente al caos... En medio de semejante barullo a veces levanta todo a las apuradas y se retira de la novela presuroso, como esos alumnos que completan un examen atropelladamente en el último minuto: son los finales airanos. Y ha estado guitarreando en ese examen, yendo de aquí para allá con sus devaneos de parsimonia, dejando preguntas sin responder, remoloneando en la subjetividad alucinada e incontenible del narrador.

No es lo único. Hace, además, metalingüística: entra y sale del texto, habla, en la novela que está escribiendo, del autor, de su visión sobre la literatura, refiere las circunstancias de la creación... Nada nuevo, nada que no se haya hecho ya, salvo juntarlo todo a la vez y sacudirlo bien antes de mandarlo a imprenta. Y con esto logra Aira su objetivo principal:



la absoluta rareza y originalidad de sus textos. Pero ¿tendrá algún valor literario tanta premeditada anomalía? ¿Estamos ante uno de esos momentos de quiebre en que la literatura rompe sus propias reglas y ensancha sus horizontes, o se

trata de la artimaña de un vendedor de buzunos literarios? No lo sabemos, aunque poco importa: solo cuenta si el lector disfruta o no con el libro, y los de Aira tienen esa capacidad. Para un determinado perfil de lectores pueden resultar

sugereentes, entretenidos, desafiantes... virtudes suficientes para que un proyecto literario sobreviva en un público, acaso minoritario, pero convencido y fiel. ¿Cuántos lectores tiene Aira? ¿A cuántos de verdad les gusta su obra? No se trata

de hacer cuestionamientos impertinentes, sino de entender que, así como la eficacia de un medicamento no se puede medir sin probarlo en los pacientes, la literatura no se reduce al texto: involucra también la magia de la comunicación con los lectores, la posibilidad cierta o fallida de conmovernos o al menos divertirnos. Lo otro es el tristísimo destino de autopsia que depara a los experimentos la voracidad de doctorandos, profesores y críticos.

Confesión de parte

«Escribir novelas era algo que podía descartar de entrada; ese trabajo exigía una paciencia y un oficio que me faltaban. Tendría que decantarme por alguna clase de vanguardismo servicial con el que disimular, con pretexto de innovación o transgresión, mis carencias. Encontrar el recurso adecuado y atraer a los ingenuos que se lo creyeran podía llevarme mucho tiempo», escribe Aira en su novela *Prins*, escudándose en el narrador, pero con un escudo demasiado delgado y transparente que trasluce su propio rostro. Afirmaciones como esta, por lo demás, abundan tanto en sus entrevistas como en su literatura, que declaró siempre autobiográfica.

¿Qué concluir, entonces? Que Aira nos toma el pelo, en efecto. Su obra tiene mucho de farsa, de diversión personal, de entretenimiento o juego descarado del autor. Pero entrar en ese juego puede ser una experiencia gratificante si uno lo hace sin prejuicios, si permite que el autor le tome sutilmente el pelo, como hacemos con nosotros mismos cuando nos valoramos o juzgamos, o como lo hacen nuestras fantasías desatadas en el sueño, o el ilusionista que nos fascina en un espectáculo de magia.

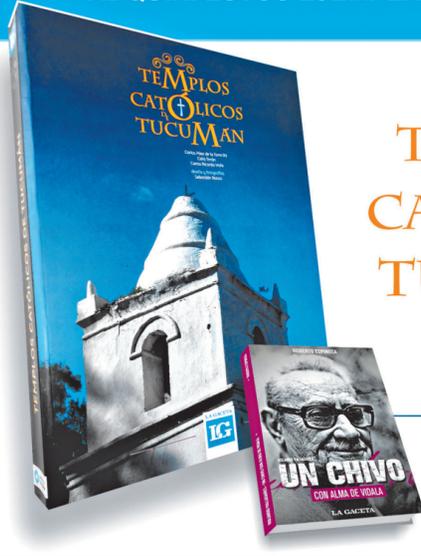
O quizás la literatura entera sea esa magia: la gran forma de tomarle el pelo a la realidad. Y el hombre, nada más que un niño que juega y sueña, y disimula.

© LA GACETA

Juan Ángel Cabaleiro – Escritor.

EDICIONES ESPECIALES LA GACETA

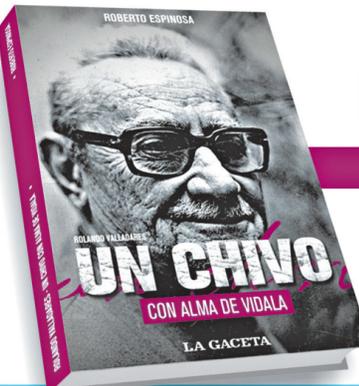
ADQUIRÍ ESTOS EJEMPLARES DE COLECCIÓN



TEMPLOS CATÓLICOS DE TUCUMÁN

Autores:
Carlos Páez de la Torre (h),
Celia Terán, Carlos Ricardo Viola
y Sebastián Rosso

PRECIO \$6.000 | DE REGALO LIBRO CHIVO VALLADARES



ROLANDO VALLADARES UN CHIVO

CON ALMA DE VIDALA

Autor:
Roberto Espinosa

PRECIO \$3.000 | Club 20% LA GACETA OFF

LA GACETA
ESTÁ CON VOS

Podes conseguirlos en
LA GACETA - Mendoza 654
De Lunes a viernes
de 8 a 14 y de 15 a 21 hs.



DEDICACIÓN, CUIDADO Y AMOR

POR JAIME NUBIOLA
PARA LA GACETA – LA AURORA (GUATEMALA)

Acabo de leer el libro *El rector de Justin* de Louis Auchincloss (Libros del Asteroide, 2010), recomendado por un amigo. El libro —publicado originalmente en Nueva York en 1964— me ha interesado, quizás en particular por mi especialización en la filosofía norteamericana. Se trata de una obra centrada en la figura imaginaria del rector Francis Prescott, presbítero episcopaliano, fundador y director de un internado masculino a pocos kilómetros de Boston, en la primera mitad del siglo XX. La obra está construida a partir de los supuestos testimonios manuscritos de antiguos alumnos, parientes y colaboradores del rector, junto con el diario del protagonista principal Brian Aspinwall, ferviente admirador suyo.

Aunque el libro no ha llegado a entusiasmarme, me ha regalado una frase que me deja pensando. En una conversación de Prescott con su discípulo Aspinwall a propósito del amor que el rector había dispensado a sus hijas, le dice de modo concluyente: «No es amor lo que necesitan los niños, es dedicación». Efectivamente me parece que hay algo profundo y verdadero en esa afirmación: lo que los seres humanos necesitamos realmente para nuestro crecimiento es, sobre todo, la atención y el cuidado, la dedicación de las personas que nos cuidan.

Quizá parezca un tanto artificial esta separación entre amor y dedicación, pero venía a mi memoria uno de estos días cuando me encontré en el tren de Barcelona a Pamplona con una joven pareja con cuatro niños de entre 5 y 1 años. Los niños estaban cansados después de cuatro horas de viaje, la más pequeña lloraba a ratos en brazos de su madre. Por parte del padre y de la madre todo era pura donación, cuidado y atención de sus hijos y entre sí. Me emocionaron y pensé que el amor es efectivamente casi siempre dedicación. Cuando escribo estas líneas estoy en La Aurora, el

aeropuerto de la Ciudad de Guatemala, donde he pasado una semana asesorando a la Universidad del Istmo. En el viaje de venida tenía muy cerca una pareja con un niño de no más de un año —que no lloró en las 11 horas del viaje—, pero lo que llamó mi atención fue el cuidado constante de sus padres. Estoy seguro de que en el viaje de vuelta, si hay niños pequeños, volverá a repetirse la escena no solo de los padres, sino también de las azafatas y demás personal de cabina volcados en la atención de esos niños. Hace varios años, leí algo escrito por Santiago Alba a este respecto, que me encantó: «¿Para qué sirven los niños?». —se preguntaba—. Y de inmediato respondía «Para cuidarlos; es decir, para volvernos cuidadosos» (S. Alba, *Leer con niños*). Los niños suscitan nuestra ternura, ensanchan nuestro corazón, sacan de nosotros —como suele decirse— lo mejor porque nos hacen cuidadosos. En el caso de personas sensibles, los enfermos, los ancianos, los débiles y en general todos aquellos que sufren suscitan también esos mismos sentimientos.

Desde Italia, me escribía en estos días Miriam Lafuente, una experta historiadora y madre de familia: «Pienso como usted. Si quieres mucho, mucho, pero no te dedicas... ¿al final qué queda? Nada más que un deseo de querer que no se materializa. La dedicación constante es muy sacrificada. De este tema se habla poco, del amor continuamente». Cuánta sabiduría en tan pocas palabras: estamos todo el día hablando del amor, pero en cambio regateamos a menudo la atención y la dedicación. Por ejemplo, se me encoge el corazón cada vez que veo en el parque de delante de mi casa a un niño o a una niña que grita algo a su madre para que admire la proeza que acaba de hacer en el columpio o en alguno de los demás juegos, y me apena comprobar que la madre o el padre no lo oye porque están concentrados en su celular. Como suele decirse, estas máquinas muchas veces nos acercan a los que están lejos, pero a menudo nos separan de los que están cerca.

En síntesis, el amor o es atención y dedicación o puede no ser más que una palabra vacía.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).